

012 MERCEDES

Mercedes tiene cincuenta y pocos años. No es especialmente agraciada, ni lista, ni buena, ni mala. No tiene nada que la haga destacar de las demás.

Parca en sonrisas que perdió hace ya tanto, que ni recuerda. En algún momento su piel, su expresión, su deseo y sus palabras tomaron un color gris amargo. La mayor parte del tiempo vaga entre lo que fue mejor y lo que podría haber sido, sin cuestionarse lo que podría haber cambiado. Una mujer cualquiera, ama de su casa y señora de un hombre al que detesta. Una mujer como tantas otras, herida y rabiosa.

El destino, o Dios, o la mala suerte como ella dice, depende del día, la castigó con una hija que no soporta y un hijo con un grave retraso mental. Aún sigue preguntándose que hizo mal, buscando en el recuerdo de su embarazo, que es en lo que falló. La culpa, la frustración y una decepción inmensa la ahogan y ella intenta salir a flote en un mar de cerveza.

Porque Mercedes es alcohólica... pero de esas que no molestan.

Cada día, en bata y zapatillas, baja las escaleras de casa con la bolsa de plástico entre los dedos. Lleva tres o cuatro cascos vacíos. Vive en la zona de bares de la ciudad y es conocida por todos.

Por la mañana inicia la ruta. Compra tres cervezas en alguno de los locales y a casa. Cuando las termina vuelta a la calle con los envases vacíos. Así hasta muy entrada la noche en que termina el peregrinaje.

En alguna ocasión, si no hay hombres en el bar, y quién lo regenta es una conocida, se sienta en la barra y se toma una cañita:

- Que sea pequeña.
- ¿Por qué pequeña?, le pregunté.
- Para que la gente no piense que bebo.

A Mercedes no le gustan los hombres. Los desprecia.

Se siente estafada porque no encontró a su príncipe de cuento. Ni el sexo fantástico prometido, ni el dinero que le hubiese dado seguridad. Cree que ese hombre mítico estará con alguna otra (zorra, claro) y que ella se quedó con el sapo.

- Son repugnantes. Solo montan encima de ti para satisfacerse. ¡Que asco!

No es extraño que casi se convirtiera en homicida. Por omisión o con convicción. Eso si, sin premeditación, por casualidad. Así de simple.

Su marido empezó a escupir sangre una mañana. Entre viaje y viaje a por cervezas iba dando el parte a las conocidas del barrio.

- Está mal, no sé que le pasa pero me está poniendo la cama perdida de sangre.
- Esto cada vez va a peor, ya es la habitación y el lavabo. ¡Lo está manchando todo!
- Ahora sangra por arriba y por abajo. Está muy pálido y ya no puede hablar...

Tres días con sus noches estuvo desangrándose. Una vecina obligó a Mercedes ha llamar a una ambulancia.

Sigue creyendo que tiene mala suerte. ¡Cualquiera con una perforación de estómago, durante tanto tiempo hubiese muerto! Pues su marido no.

Mercedes sigue cosiendo. Cosiendo y aullando.

Necesita el dinero extra que gana para pagar el centro especial donde atienden a su hijo durante el día. El sueldo de su marido no da para tanto y ella tiene buenas manos.

Cose en una salita que da a un patio de luces, pero no uno pequeño. Grande, con mucha luz y muchos vecinos.

Ese mismo patio, en donde una noche, cayó su hijo desde el balcón del segundo piso donde viven. Los vecinos la avisaron después de largo tiempo de escuchar los quejidos del chaval.

A ella no se le ocurrió llamar a urgencias. Bajó al patio, lo recogió del suelo y lo metió en la cama. Al rato, el chico se levantó para ir al baño y perdió el conocimiento durante horas. A la mañana siguiente, el marido derribó la puerta. Volvió a meterlo en la cama. El chico seguía vivo.

Mercedes comentó el incidente:

- ¡Vaya noche me han dado!

Simplemente...sin más.

Ha medida que avanza el día, la costura y las cervezas, el aullido va creciendo. Primero son pequeños gritos, palabras sueltas demasiado altas... Se detiene la

voz y el corazón de los vecinos se encoge. Todos sabemos que el próximo será más fuerte y el siguiente será peor y así hasta llegar a un grito desgarrador, descarnado. Aullidos de animal herido. Aullidos de rabia. Por lo perdido, por lo no encontrado, por lo que nunca llegará a rozar... Cree que no la oye nadie.

Sale del portal por quinta o sexta vez con la bata, las zapatillas y la bolsa con las botellas vacías. Su expresión no muestra nada en concreto. Comprará más cerveza y volverá a casa.

A Mercedes nunca nadie la ha visto llorar.